

Capítulo 8

Estados Unidos: su seguridad y defensa desde su propia estrategia*

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602304.08>

Henry Cancelado Franco

Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto"

Resumen: Cuando se habla de política de seguridad en Estados Unidos, se pueden encontrar algunos principios generales, que se va complicando cuando se trata de su implementación; especialmente, por la cantidad de instituciones que responden a la seguridad de ese país. De igual manera, cuando se trata de situar una política de seguridad de Estados Unidos, sobre dichos principios generales, es claro también que la época que se analice determina el resultado que se obtenga, no porque tal política cambie en sus principios básicos, sino porque cambia en sus fines y sus métodos y en cuanto a la manera como se la implementa, atada, precisamente, a las necesidades a las que busca responder. En este documento no se intenta responder desde una perspectiva de política pública ni, mucho menos, señalar algún modelo que permita analizar la política de seguridad de Estados Unidos: el objetivo del presente capítulo es, más bien, hacer un análisis histórico de dicha política y, de tal manera, encontrar las generalidades y problematizar su implementación y su contexto; especialmente, desde la Guerra Fría, cuando el coloso del norte logró un poder global que lo obligó a establecer disposiciones que fundamentaran su seguridad para ese nuevo período que se abrió en la historia del sistema internacional.

Palabras clave: Defensa, Estados Unidos, estrategia, seguridad.

* Este capítulo presenta los resultados del proyecto de investigación *Tendencias evolutivas de las políticas en seguridad y defensa en las Américas*, del grupo de investigación "Centro de Gravedad", de la Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto", categorizado como A por MinCiencias y con código de registro COL0104976. Los puntos de vista pertenecen a los autores y no necesariamente reflejan los de las instituciones participantes.

Henry Cancelado Franco

Doctorando, Ciencia Política, Universidad de los Andes, Colombia. Magíster Honoris Causa, Inteligencia Estratégica, Escuela de Inteligencia y Contrainteligencia del Ejército Nacional de Colombia. Politólogo, Universidad Nacional, Colombia. Magíster, Análisis de Problemas Políticos, Económicos y de Relaciones Internacionales Contemporáneos, Universidad Externado de Colombia e Instituto de Altos Estudios para América Latina de París. Director, Área Académica de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Jorge Tadeo Lozano, Colombia.

<https://orcid.org/0000-0002-5756-0856> - Contacto: henry.canceladof@esdeg.edu.co

Citación APA: Cancelado, H. (2022). Estados Unidos, su seguridad y defensa desde su estrategia. En C. A. Ardila Castro, A. Montero Moncada & V. Torrijos Rivera (Eds.), *Tendencias evolutivas de las políticas de seguridad y defensa en las Américas*. (pp. 209-228). Sello Editorial ESDEG. <https://doi.org/10.25062/9786287602304.08>

TENDENCIAS EVOLUTIVAS DE LAS POLÍTICAS DE SEGURIDAD Y DEFENSA EN LAS AMÉRICAS

ISBN impreso: 978-628-7602-29-8

ISBN digital: 978-628-7602-30-4

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602304>

Colección Seguridad y Defensa

Sello Editorial ESDEG

Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes prieto"

Bogotá D.C., Colombia

2022



Introducción

En el proceso de análisis histórico que se busca en este capítulo, es importante establecer dos variables que se piensa estudiar. Por un lado, las disposiciones legales frente a la seguridad que han guiado la acción de los estadounidenses, ya sean normas, planes o estrategias. Por otro, la institucionalidad que acompaña a dichas disposiciones. Tamaña tarea no es simple, en el sentido de que hay que establecer, de fondo en el análisis, el contexto histórico en el que se han desarrollado la generalidad de las acciones y en las que se concentra el esfuerzo principal en cuanto a la seguridad.

Es claro que la tarea puede parecer gigantesca; por eso es necesario, en el contexto metodológico, responder cuál es el esfuerzo principal —o cuáles lo son—, porque hablamos de una megapotencia con demasiados intereses, y así no es fácil establecer un ejercicio dialógico entre las disposiciones e instituciones y el contexto en el cual se desarrollaron o se desarrollan. En ese sentido, al hacer el análisis que se busca y frente al proceso histórico que se propone, se hacen unos cortes concretos en el tiempo. En primer lugar, se parte del National Security Act, de 1947 (DNI, s.f.), hasta la crisis del petróleo, de 1979. En segundo lugar, a partir de ahí hasta la caída de la URSS, en 1991. Desde entonces, a su vez, se reduce el margen de análisis; especialmente, por dos consideraciones: porque la historia reciente ha desafiado al coloso del norte obligándolo a establecer nuevos parámetros ante su propia seguridad, y porque hechos como el 11-S abren un escenario de análisis interesante en cuanto a la seguridad global, que se asimila a los intereses, las necesidades y las capacidades estadounidenses. Si bien luego del 11-S hubo grandes cambios para Estados Unidos, no fueron tan radicales como para romper con las dinámicas que se traían desde finales de la Segunda Guerra Mundial; por

eso, el presente documento no se centra de manera específica en ese momento, sino que busca las tendencias de las últimas décadas.

Vale la pena anotar que al término de la escritura del presente capítulo las tropas estadounidenses acababan de salir de Afganistán, lo cual puso fin a la guerra más larga en la historia del país.

La Guerra Fría y la seguridad de Truman

Puede carecer de rigor histórico y analítico afirmar que, una vez aseguradas las cabezas de playa y tras retomar parte de Francia, en 1944, el deseo de los Aliados era establecer un corredor que les permitiera llegar rápidamente a Alemania, antes de que pudieran hacerlo los soviéticos. Sin embargo, cuando se analizan los movimientos políticos de 1945 —especialmente, con base en la Conferencia de Yalta—, era obvio que tanto los Aliados como los soviéticos se sentían ya victoriosos sobre una Alemania agonizante. Las diversas posiciones de los tres líderes mundiales ya mostraban la inevitable división del mundo en dos modelos: uno de corte liberal y otro de influencia soviética. Estos dos puntos fueron parte de las primeras discusiones entre Churchill y Stalin, mientras que Roosevelt regresaba a su preocupación inicial desde 1941: la guerra en el pacífico contra Japón. Era entendible por qué los dos líderes europeos se enfrentaban por modelos políticos y —por supuesto, de manera subyacente— por modelos económicos.

El Imperio británico sentía ya cómo su poder mermaba y sus colonias se perdían o se levantaban en movimientos nacionalistas, y cómo estaba cediendo terreno en la política mundial. La expresión de alivio del ministro inglés, Churchill, (Kennedy, 1995, p. 545) cuando se enteró de que Estados Unidos entraría a la guerra dejó al descubierto que los británicos eran un poder de otras épocas, tan violentas como la presente, pero menos tecnológicas. Cuando el Imperio británico estableció su poder global, a finales del siglo XIX, Alemania estaba apenas fortaleciendo el suyo propio y organizando su propia política interna. Los británicos comerciaban por todo el sistema internacional y establecieron colonias en zonas donde podían ganar superioridad económica y estratégica frente a los demás países de Europa. De tal manera, las inversiones de ultramar sostuvieron la economía británica y el comercio global que manejaban era la piedra angular de su poderío internacional (Kennedy, 1995, p. 257). Sin embargo, con el crecimiento de Alemania como potencia continental, Europa comenzó a enfrentarse a un desequilibrio de poder que ponía en riesgo la estabilidad de la región. La eclosión de un poder

central europeo logró cambiar el equilibrio de poderes y amenazar directamente a Francia como país tradicionalmente contrario a los intereses alemanes (Wilhelmy, 1988), y dejaba al país galo expuesto frente al poder del nuevo país. Los germanos lograron así nacer en el nuevo siglo como uno de los poderes determinantes para el futuro de Europa.

Dentro del juego geoestratégico descrito, los británicos observaban Europa, pero, a la vez, no se entrometían de manera directa en los asuntos continentales (Kennedy, 1995, p. 253), excepto en momentos de crisis que afectaran sus propios intereses, como en el momento de las guerras napoleónicas. Inglaterra era más británica que europea. El modelo de desarrollo que empleó dicha nación la llevó a ser potencia comercial y marítima para principios del siglo XX, momento en el cual, a su vez, Estados Unidos se hallaba en un proceso similar al alemán: fortaleciendo su poder interno, pero más enfocado en la industria y en las inversiones internas.

El foco de la expansión alemana y de sus intereses geopolíticos siempre fue la neutralización del poder británico, pues Inglaterra, como la cabeza de las nuevas potencias liberales, siempre fue entendida por los alemanes como una amenaza a su futuro poder internacional. Sabotear el poder británico era fundamental para que Alemania brillara con luz propia en la escena internacional. Con el fin de la Conferencia de Berlín, en 1885, los británicos y los franceses lograron grandes tajadas coloniales por encima de Alemania, de tal manera que la nación germana quedó circunscrita a una expansión “tan solo” por el continente europeo y a buscar su propia supervivencia como Estado, y su superioridad militar y económica, a expensas de los demás países del continente. Inspirados en este espíritu y con una capacidad económica importante y un poder militar relevante, Alemania intentó abrirse ciertos espacios en el concierto europeo, de modo que las demás potencias se convirtieron en sus enemigas y debían ser eliminadas. Con las dos guerras mundiales, Alemania pasó por diferentes estadios de su desarrollo histórico hasta cuando quedó anulada dentro del juego del poder internacional, que cedió a nuevas potencias, las cuales, a su vez, buscaron la misma expansión y actuaron bajo las mismas premisas germanas. Así las cosas, mientras Alemania fue dividida, Gran Bretaña —que salió maltrecha por tratar de mantener su poder y su hegemonía— perdió su capacidad imperial y cedió terreno en el sistema internacional. De tal manera, la Conferencia de Yalta se convirtió, más bien, en un escenario donde las potencias nacientes, como la URSS y Estados Unidos, entraban en el espacio de la diplomacia a la par que demostraban su valía en el campo de batalla. Inglaterra

había derrotado a su enemigo, le había quitado todo el poder que reclamaba, pero a expensas del suyo propio.

El problema japonés será, quizás, el único tema del que van a poder hablar estadounidenses y soviéticos sin entrar en tensiones entre ellos dos, aunque también, sin lograr acuerdo alguno, ya que a partir de 1945 el presidente Truman asumirá el caso soviético como un problema de seguridad internacional para Occidente, y buscará ganar superioridad estratégica y geopolítica. A partir de ese momento aparecen en escena los elementos clave de la Guerra Fría: la búsqueda de poder, en todos los ámbitos, por parte de las potencias, el establecimiento de alianzas alrededor del mundo y la búsqueda de información del enemigo mediante la inteligencia.

Estados Unidos ha asistido a un proceso de aumento de su poder y ha logrado gran capacidad económica para el final de la guerra. La recesión, 20 años atrás, para 1949 es un recuerdo histórico más dentro del devenir estadounidense. El desarrollo alcanzado con las grandes obras de infraestructura, con la economía de guerra y con el apoyo a la reconstrucción mundial hace que el Estados Unidos de la década de 1950 sea un país cualitativa y cuantitativamente distinto de muchas de las potencias que han pasado por el sistema internacional. La economía repunta bajo un esquema de consumo masivo y apoyo estatal para las inversiones, de tal manera que tanto el comercio como la industria encuentran una época dorada durante esta primera etapa de la Guerra Fría (Hobsbawm, 1999). Algunos movimientos, como la construcción del Estado de Israel, la reconstrucción de Europa y la ocupación del Pacífico y de Japón, le dieron a Estados Unidos la posición global que el Imperio británico había dejado atrás: un nuevo imperio, con un nuevo tipo de imperialismo, por así decirlo, se levanta ahora sobre el mundo. Y un gran aparato económico y un vasto poder militar lo acompañan en su expansión por la mitad del globo.

Estados Unidos triunfó en la Segunda Guerra Mundial y eso lo convirtió en una de las dos potencias que se disputarían el poder global y la superioridad, lo que dio origen a la Guerra Fría. Algunas características importantes son dignas de tener en cuenta al comienzo de este periodo:

- La aparición de un sistema bipolar, el cual obligaba a las potencias centrales a establecer un sistema de alianzas que le permitiera posicionarse mejor frente a su contendor. Contrario a lo que se piensa comúnmente, Estados Unidos no fue un victorioso absoluto en la guerra, aunque sí logró la mejor posición en el poder global y la riqueza, frente a lo que era al comienzo del conflicto.

- La entrada de diferentes países en el escenario internacional, a partir de las descolonizaciones de Asia y África, lo que abrió paso a enfrentamientos periféricos en el sistema internacional, e incluso, entre Estados Unidos y la URSS, con el fin de ganar países satélites que les permitieran tener una mejor posición de poder.
- Con esas descolonizaciones también se dieron guerras insurgentes o irregulares en diferentes países, apoyadas desde los centros, acompañadas de una exacerbación de la violencia.

Estos tres elementos ayudan a explicar y entender un escenario marcado por un juego geopolítico y unas nuevas condiciones en las guerras, que claramente rompían con el "libreto" que los países habían aprendido y actuado hasta ese momento de la historia. Esta situación tan particular obligó al gobierno del presidente Truman a repensar la seguridad internacional —obviamente, en cabeza de su país—, de tal manera que desarrolló el *National Security Act*, de 1947 (DNI, s.f.), documento en el cual se daba vida a la Agencia Central de Inteligencia (en inglés, CIA, por las iniciales de Central Intelligence Agency) y a la Fuerza Aérea de los Estados Unidos (en inglés, USAF, por las iniciales de United States Air Force). La CIA surgió como la primera agencia de inteligencia que tendría Estados Unidos en tiempos de paz, y con un carácter que, si bien no era netamente civil, sí tenía una característica más civil que militar; mientras, la USAF se convertía en una fuerza independiente dentro de la estructura militar del país, separada del ejército, que fue el esquema bajo el cual luchó durante la Segunda Guerra Mundial: más una especie de aviación del US Army que una fuerza separada con capacidades y estructura propias.

No fueron las únicas instituciones creadas en ese periodo, pues, en la misma línea de la inteligencia, aparecieron por entonces: la Agencia Nacional de Seguridad (en inglés, NSA, por las iniciales de National Security Agency), en 1952, la Agencia de Inteligencia para la Defensa (en inglés, DIA, por las iniciales de Defense Intelligence Agency), en 1961; la Oficina Nacional de Reconocimiento (en inglés, NRO, por las iniciales de National Reconnaissance Office), en 1961; el Cuerpo de Inteligencia Militar (en inglés, MIC, por las iniciales de Military Intelligence Corps), en 1977; la Oficina de Inteligencia y Contrainteligencia del Departamento de Energía (en inglés, OICI, por las iniciales de Office of Intelligence and Counterintelligence), en 1977, y la inteligencia militar de los Marines, en 1978. ¿Por qué a lo largo de este periodo de la Guerra Fría se crearon instituciones especialmente en el área de la inteligencia? Para responder dicha pregunta hay que ampliar las características de la seguridad internacional en la posguerra, tras la segunda conflagración mundial.

El sistema internacional de la segunda posguerra se desarrolló con un telón nuclear de fondo, que hacía que el conflicto se desarrollara y debiera enfrentarse de manera diferente. El sistema había superado las guerras totales, luego de la gran contienda iniciada en septiembre de 1939, y en la cual se desarrollaron las máximas capacidades militares que podían tenerse para ese momento. La Segunda Guerra Mundial fue la perfecta guerra aérea, con estrategias y tácticas muy avanzadas para el momento; además, la infantería se convirtió en el arma por excelencia para superar las conquistas del enemigo y, a la vez, logró, mediante el desarrollo del desembarco y el combate anfibio, posicionarse como la elección favorita de los estrategas. La caballería mecanizada, por su parte, demostró su valía en grandes batallas, como la de Kursk, en 1943. Por supuesto, a tan somero recuento hay que agregar la capacidad marítima de los países, con el rey de los océanos: el portaaviones, como máquina que lograba llevar el frente de guerra por todos los rincones del globo y proyectar el poder aéreo sobre el enemigo. De esa manera, y a pesar de lo coloquial de estas menciones, se quiere mostrar, precisamente, que lo militar, con su gran desarrollo desde el siglo XVIII, había logrado, sobre sus mismas bases de los anteriores 200 años, desarrollar un gran poder, una gran capacidad y unos niveles estratégicos, operativos y tácticos que cumplieran con su misión para 1945. Y no se habla aquí tan solo de las fuerzas estadounidenses, sino de lo militar como concepto.

Estas capacidades habían sido suficientes para enfrentar las guerras que se presentaran y como se presentaran; sin embargo, la aparición de la bomba atómica hizo que la fuerza militar de los países pareciera insuficiente o, quizás, demasiado riesgosa para ser usada en cualquier guerra que se presentara en la segunda mitad del siglo XX; al menos, en cuanto a enfrentamientos entre países. Por eso, los tres grandes conflictos de la Guerra Fría se desarrollaron de manera diferente: la guerra de Corea, la guerra de Vietnam y la invasión soviética de Afganistán en 1979. Quizás, la única que tuvo parámetros similares fue la guerra de Corea, durante la década de 1950, pero la imposibilidad de utilizar toda la capacidad militar atómica, como se habría deseado en ciertos momentos, tuvo como consecuencia que dicha contienda cerrara con el armisticio de 1953.

De esa manera, Estados Unidos, como gran potencia, se enfrentaba a la paradoja de tener armamento nuclear y una gran capacidad militar, pero sin efectividad para el contexto que enfrentaba; obviamente, la URSS pasaba por lo mismo. En consecuencia, la única forma de enfrentarse entre estos dos países sin llegar a una gran debacle era no usar abiertamente dichas capacidades. Así, la inteligencia

como proceso parecía dar una respuesta en el contexto, y ganaba una autonomía que no tuvo en las guerras previas. La inteligencia accionable de la CIA y las capacidades técnicas y tecnológicas de la NSA, sumadas a la aparición de nuevos escenarios estratégicos de enfrentamiento, como el tema energético o lo cultural.

A partir de 1947, y no sin resistencia por parte de Truman, la CIA se abrió paso en una nueva forma de confrontación, y generaba otras agencias, como las ya mencionadas, pero aquel proceso del desarrollo de la inteligencia fue clave para Estados Unidos en la Guerra Fría.

La evolución institucional y doctrinal en la Guerra Fría

Si bien desde el acápite anterior se ha desarrollado esta idea de la evolución institucional, es necesario ampliar esa idea a partir de la doctrina que se desarrolla. El *National Security Act* abre el espacio para que nuevas agencias y una estrategia universal estadounidense tome lugar. Por supuesto —y será el tema recurrente cuando se hable de la seguridad del país—, una estrategia pasa por un proceso de análisis del contexto, planeación de la estrategia y puesta en marcha, a partir de sucesivos documentos estratégicos y planes al respecto. Dichas estrategias y planes están enmarcados por una política de contención (*containment*), la cual consiste, como muy bien se señala desde su nombre, en contener la expansión de un enemigo: para los estadounidenses, en ese momento, el comunismo.

Luego de haber triunfado contra el nazismo y sin ser estrictamente aliados a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y la URSS sí cooperaron para enfrentar la amenaza alemana. Para el presidente Roosevelt, en su momento, lo fundamental era mantener el esfuerzo bélico de los soviéticos para poder debilitar a los nazis; fue así como ese frente se vio reforzado por la fortaleza industrial estadounidense, mientras se decidía el desembarco en Europa Occidental. Posteriormente, cuando la URSS logró revertir el rumbo de la guerra y llegar hasta Berlín, y se hizo de un botín geopolítico que nunca habrían podido creer los revolucionarios de 1917, la propuesta política del socialismo estalinista se levantaba como *la Cortina de Hierro*, de la que advertía Churchill. Para ese momento, el objetivo de la seguridad estadounidense cambió y la expansión de las ideas soviéticas se volvió la principal amenaza para Occidente. Este objetivo adquirió mayor relevancia gracias al triunfo de la Revolución china, en 1949. Un eje euroasiático contrario a los intereses estadounidenses aparecía desafiante y, por supuesto, con la vocación expansionista demostrada en los años tempranos. En este punto hay que aclarar que dicha expansión no es exclusivamente una expansión que implique la

adquisición de nuevos territorios, sino que es una expansión también caracterizada por la influencia de las ideas, del modelo comunista y de la aparición de otras formas de llevarlas por todo el planeta, tales como guerrillas, quintas columnas y partidos comunistas, entre otros.

En consecuencia, la respuesta estadounidense consistió en impedir que Eurasia se desbordara sobre las periferias. Finalmente, parecía que Mackinder (2010) tenía razón, y entonces, desde una concepción geopolítica de Spykman, se desarrollaba la *estrategia de la contención*, consistente en el cierre de los espacios geográficos sobre el Sudeste Asiático, Asia Central, Oriente Medio y Europa Occidental; por supuesto, con un solo objetivo: mantener a Europa Occidental, a Oceanía y a las zonas de interés de Occidente libres de la expansión comunista.

En ese momento, aparecieron nuevas áreas de interés para Estados Unidos: la península de Indochina y Oriente Medio. Posteriormente, hacia el decenio de 1960, el proceso de descolonización hizo que el nuevo espacio de enfrentamiento bipolar fuera África y que la estrategia de guerrillas y partidos comunistas empezara a martillar a América Latina. La *Weapon of choice* (arma favorita) utilizada por todos los presidentes estadounidenses, desde Truman, fue la inteligencia, y su acción, el espionaje y las actuaciones clandestinas. Algunas de dichas acciones fueron exitosas para el titán del norte, como el asesinato de Lumumba, en el Congo, en 1961, y otras, fracasadas, como el apoyo a la invasión de Bahía Cochinos, en Cuba, ese mismo año (The Wilson Center, 2012).

A partir de los años cincuenta, la Guerra Fría toma la forma por la cual se la conoce: un mundo dividido en dos porciones, con grandes potencias globales y un grupo de satélites. Sin embargo, la Guerra Fría va más allá: por primera vez en la historia, unas formas políticas y económicas de corte casi antropológico intentan dominar el sistema internacional; cada bloque de poder reclama el derecho a saber cómo funciona la historia y cuál es la mejor forma de organización de la vida humana; todo esto, con el cobertizo del poder militar y el desarrollo económico.

El desarrollo se basaba, en Occidente, en una economía de mercado que buscaba la libertad de los movimientos económicos para lograr el desarrollo. La inversión en tecnología y el crecimiento del bienestar social (Hobsbawm, 1999) hicieron que el nivel de vida —no solo en Estados Unidos, sino también, en el Occidente desarrollado— llegara a niveles nunca antes vistos. A su vez, los estadounidenses lograron ubicarse en escenarios estratégicos relevantes para ejercer su poder. La influencia sobre Japón, Corea del Sur, Medio Oriente y Europa Occidental les permitía una contención militar directa y una red de comunicaciones frente al bloque

soviético, si aquel intentaba hacer algo por fuera de su zona “natural”. El apoyo al gobierno nacionalista de China (Acheson, 1949) le ganó la enemistad a Estados Unidos de la triunfante revolución de Mao-Zedong y le quitó importantes posiciones estratégicas en Asia, posiciones en las que se había apoyado en la Segunda Guerra Mundial para atacar a Japón. Mientras intentaba mantener cierta hegemonía en el Caribe y en América Latina. En consecuencia, Estados Unidos dominaba los dos océanos y partes importantes en todos los continentes, mientras que sus pares soviéticos tenían problemas con su expansión geográfica y solo dominaban parte de Asia y de Europa.

Junto a las posiciones estratégicas, el país del norte había logrado establecer una red de inteligencia a escala global, que le permitía controlar potenciales ataques y desafíos a su poder; especialmente, si provenían de la URSS. Los movimientos soviéticos sobre la península de Corea, y la búsqueda de influencia —tanto de Stalin como de Mao— para apoyar a los norcoreanos, hizo que Estados Unidos buscara apoyo en la ONU para sancionar la violación del paralelo 38. De esa forma, Estados Unidos defendía sus posiciones en el norte de Asia y, sobre todo, su derecho a mantenerse con su fuerza naval en el Pacífico. Perder Corea era perder el mar de Japón y perder el mar de Japón era dejarle el Pacífico a la China comunista. De este primer encuentro bélico entre los bloques, se deduce que los intereses expansionistas comunistas constantemente se iban a encontrar con la contención planteada por Estados Unidos y por su vasta red militar e informativa alrededor de Eurasia, centro de las actividades del enemigo. Tanto así, que los conflictos en “caliente” se dieron en el continente asiático e involucraron directamente a soviéticos, chinos y occidentales. Para Estados Unidos, el “mundo libre” no podía perder terreno frente a la tiranía.

El poder de la URSS iba entre revueltas y avances. La Revolución húngara, de 1956, demostró que no todo el bloque comunista aceptaba la superioridad soviética, al igual que la Primavera de Praga de 1968, que buscaba cierta apertura del régimen. A lo largo de este periodo, la URSS cometió un gravísimo error cuando quiso aplacar por la fuerza militar la oposición a su doctrina, mientras su contendor buscaba unir a un mundo desarrollado y en paz y buscaba un pretendido desarrollismo, con apoyo militar y de inteligencia; es decir, el uso de la fuerza de manera indirecta. Por supuesto, ambos discursos eran insuficientes tanto para Europa Oriental como para Latinoamérica y Asia; sin embargo, los tanques soviéticos empezaron a labrar la resistencia frente a Moscú.

Mientras Checoslovaquia y Hungría resistían, Europa Occidental gozaba de gran porvenir y su reconstrucción era un éxito y Alemania Federal llegaba a los mismos niveles de desarrollo de la era Hitler, mientras que Inglaterra y Francia se relajaban al dejarle la seguridad internacional a Estados Unidos. La Guerra Fría apareció con nuevos escenarios geográficos y le permitió a una serie de países, tanto en África como en el Sudeste Asiático, ganar su independencia; sin embargo, en el momento en que se ganaba la independencia, los países emancipados se enfrentaban a la dualidad del sistema internacional; de tal suerte, dos escenarios nuevos surgieron en la geopolítica internacional, el Sudeste Asiático y África. Este último logró articularse al sistema internacional por medio de la ONU y por medio del Movimiento de los No Alineados y se encerró, de alguna manera, en sus luchas internas, en la búsqueda de estabilidad política y desarrollo económico y, por supuesto, a la sombra de las potencias del momento, que, afortunadamente, no eran del corte colonialista europeo y les ayudarían a olvidar los acordado en Berlín, de 100 años antes. Sin embargo, aunque África se sumió en violencia desde casi el mismo momento de su independencia, la mirada de Estados Unidos se dirigió al Sudeste Asiático por sencillas razones estratégicas: mayor influencia en la región significaba mayor contención frente a China y la URSS.

Los escenarios de Cuba y Vietnam mostraron dos caras diferentes del poder estadounidense a lo largo de la Guerra Fría. Por un lado, la crisis de los misiles le dio la victoria diplomática que en el terreno militar no había obtenido frente a Fidel Castro. Esta crisis le permitió al presidente Kennedy obtener mayor posicionamiento en el Caribe con el bloqueo, aislar a un régimen que consideraba nocivo y evitar un emplazamiento nuclear cercano a las fronteras de Estados Unidos. Asimismo, le permitió enviar un mensaje directo a Moscú: ninguna infiltración en el continente americano sería tolerada; mucho menos, si se trataba de un acercamiento nuclear por parte de los comunistas. Se puede analizar, partiendo de este punto, que la Guerra Fría sería peleada cerca de las fronteras de China y la URSS, pero llevada lo más lejos posible de las fronteras estadounidenses; una estrategia que les ha servido para mantener su centro de poder protegido; su infraestructura, intacta, y su industria, produciendo.

Por otra parte, Vietnam fue el mensaje totalmente contrario en los niveles táctico y estratégico: Estados Unidos no estaba preparado para las guerras irregulares. Escenarios como la Europa de los nazis y la guerra de Corea eran propicios para sus FF. MM.; sin embargo, la guerra de guerrillas planteada en Vietnam dejó fuera de lugar el despliegue militar y logró dos grandes golpes morales: dividió socialmente

a la nación estadounidense y la humilló ante la opinión mundial. Eventos como los bombardeos sobre Hanoi y la pérdida de soldados en una guerra que se consideraba extraña y extranjera debilitaron el golpe de opinión que siempre había favorecido a Estados Unidos en Occidente.

La guerra de Vietnam, la crisis del petróleo y la invasión a Afganistán en 1979 fueron los sucesos que marcaron un inicio importante en los cambios de las dinámicas de la Guerra Fría. Los tres sucesos mostraron la vulnerabilidad de las dos potencias en un mundo que estaba cambiando y que cambiaba básicamente en dos aristas: la economía y la estrategia. Ambas variables empezaron a crear crisis en ambos lados, pues la dependencia económica de Occidente del petróleo, sumada a las vicisitudes de Vietnam y Afganistán, marcó el cambio en los aspectos en los que tanto la URSS como Estados Unidos se sentían fuertes, de tal manera que se abrieron unas grietas que van a marcar, en los ochenta, la crisis del poder soviético, y en el siglo XXI, la crisis del poder estadounidense.

Los años ochenta: Reagan sobre el comunismo

De la década de 1980 es mucho lo que se puede decir; sobre todo, porque fue el momento decisivo en el cual Estados Unidos logró una victoria definitiva sobre el comunismo internacional, encabezado por la URSS. Diversos temas estuvieron bajo el foco de la política de seguridad en esos años y, por supuesto, desde la vieja perspectiva de la contención, la cual había dejado un resultado claroscuro en distintos cuadrantes del sistema internacional. Durante la Guerra Fría no se había logrado la imposición ni la clara superioridad de alguna de las dos superpotencias; sin embargo, su enfrentamiento había alcanzado una dimensión mundial.

Varios sucesos que se dieron en esa década permitieron que Estados Unidos lograra imponerse sobre los soviéticos. El cambio en las relaciones con China, gracias al ascenso de Deng Xiaoping, la proyección de sus reformas y la apertura de su política exterior le permitieron a la administración Reagan aprovechar la brecha en el comunismo euroasiático, la cual se venía ampliando desde la misma guerra de Vietnam, entre los chinos y la URSS. La guerra entre Irán e Irak le daría la posibilidad de reingresar a un escenario en el que había sufrido un revés como consecuencia de la Revolución iraní, de 1979. Se gestaba la relación con Irak y el apoyo a Sadam Hussein.

El cuadrante geopolítico latinoamericano centró el interés de Estados Unidos, ya que, para Reagan, dicha región era importante a fin de terminar con el comunismo internacional deteniendo su influjo en la zona de influencia geoestratégica

de los estadounidenses. Tras la Revolución cubana, parecería que la ventaja en la región la llevaban los soviéticos, pero luego de los sucesivos apoyos contrarrevolucionarios, ya ampliamente datados, y desclasificados, además, por el mismo gobierno del gigante del norte, era claro que Estados Unidos no pensaba hacerse a un lado mientras los soviéticos pretendían aumentar su influencia regional, directa o indirectamente.

Cuando la crisis política, social y laboral empezó en Polonia, el experimento comunista había llegado al punto culmen de su artrosis ideológica y estructural, y dejado expuesta la debilidad del régimen comunista. Por otra parte, la estrategia de un escudo antimisiles, que se empezaría a desarrollar en Estados Unidos, determinó la superioridad militar sobre la URSS. De tal manera, los años ochenta marcaron la separación radical de las dos potencias. Estados Unidos se dedicó a intensificar su lucha contra el comunismo, sobre todo, en dos frentes: en la contención del poder de una izquierda armada frecuente en el hemisferio sur, y en el apoyo a los movimientos de resistencia en Europa Oriental. Para el momento en que Gorbachov asumió el poder en la URSS, se inició una serie de reformas, se incorporaron medidas políticas, económicas y sociales que reformarían la estructura dejada por Stalin y que fueron la punta de lanza de la política de Gorbachov: la búsqueda de la participación ciudadana y la modernización del modelo económico marcaron el principio del *Glasnost* y la *Perestroika*.

En la década de 1980 sucedieron hechos que evidenciaron la forma como Estados Unidos empezó a redefinir su política internacional: en primer lugar, la crisis Irán-Contras y, en segundo lugar, la carrera armamentista; todo esto, bajo el cobertizo de una nueva política neoconservadora de Ronald Reagan. Dicho mandatario marcó una etapa diferente en la política internacional estadounidense: mientras que, a lo largo de las décadas de 1960 y 1970, la URSS había visto gobiernos que trataban de forma tangencial el enfrentamiento y solo eventualmente hablaron directo con los soviéticos, Reagan manejó un discurso de contención, similar, aunque más costoso, en recursos económicos, que los que se manejaron en los años cincuenta.

Esta combinación de dinero y tecnología dio un nuevo enfoque al realismo de Reagan, y sus ataques contra la URSS solo se agudizaron:

The U.S. must rebuild the credibility of its commitment to resist Soviet encroachment on U.S. interests and those of its Allies and friends, and to support effectively those Third World states that are willing to resist Soviet pressures or oppose Soviet initiatives hostile to the United States (US Department of State, s.f.)

Por consiguiente, la Guerra Fría tomó un segundo aire, aunque dejaba cada vez más rezagados a los rusos dentro de la confrontación y daba la imagen de superioridad global y de hegemonía absoluta por parte de los estadounidenses. Imagen que sería su gran enemiga para el nuevo siglo.

Para Levin (1989, p. 7), había cuatro estrategias que Estados Unidos debía seguir en ese momento de la Posguerra Fría. En primer lugar, un realismo enfocado en mantener la estabilidad en las regiones que eran vitales para la seguridad estadounidense y que afectaran directamente su posición global. En segundo lugar, mantener una seguridad multilateral fortaleciendo el sistema de alianzas propio de la Guerra Fría, pero reforzando los valores occidentales. En tercer lugar, fortalecer el internacionalismo democrático, a partir del liberalismo y su expansión. Finalmente, una independencia estratégica, a partir de la no dependencia de recursos diferentes de los propios. Tales estrategias lograron dar la sensación de tener una ruta para la Posguerra Fría, pero todo eso se diluyó con el comienzo del siglo XXI.

El 11-S y el turbulento siglo XXI

El presidente Clinton (The White House, 1998, p. 5) señalaba, a finales del siglo XX, que la seguridad del país dependía de tres categorías que enmarcaban su estrategia de seguridad: los intereses vitales del país, la amenazas a los intereses nacionales importantes, y los intereses de orden humanitario. Estos lineamientos eran menos específicos y señalaban amenazas y riesgos más vaporosos, como para poder sentar unas bases sólidas, tanto como las que tuvieron los presidentes anteriores. Claramente, este contexto, de fin de siglo y sin grandes potencias en ese momento disputando el poder, era un poco más complicado de aprehender para los estadounidenses.

El método utilizado para el presente capítulo obliga a pensar el siglo XXI desde finales del siglo XX. Dos sucesos marcaron la política de seguridad en esa década: la caída de la URSS, en 1991, y la guerra de Yugoslavia. La primera le dio al país del norte la sensación de haber logrado un triunfo suspendido desde 1945, y gracias a lo cual percibió ser una potencia hegemónica en el sistema internacional, la primera con alcance global real en toda la historia. La segunda demostró un nuevo fracaso de la nueva gran potencia y sus aliados en un contexto diferente: el libreto había cambiado de nuevo y, de nuevo, la política de seguridad no alcanzaba a responder frente a un nuevo giro. Durante 44 años, había desarrollado dispositivos que le permitían ajustarse a la transición de una potencia subsidiaria antes de la

Segunda Guerra Mundial a una superpotencia nuclear después de cinco años de conflagración global, pasando de instituciones netamente militares a otro tipo de entidades con las cuales se rompió el bloque comunista.

Una nueva agenda aparecía, entonces, desde 1991, marcada por diferentes fenómenos y puntos pendientes que se habían subordinado a los grandes temas nucleares y a la lucha anticomunista. De tal manera, reaparecieron temas nacionalistas, religiosos y étnicos, y una nueva fuerza tomaba la guerra contra las drogas, que el presidente Nixon había delineado desde 1972. Asimismo, desde mediados de la década de 1990, el terrorismo se acercaba a Estados Unidos, con el atentado a las Torres Gemelas de 1993, y los viejos aliados se convirtieron en enemigos, como fue el caso de Hussein, cuyas acciones llevaron a la primera guerra del Golfo, en 1989. En este contexto, complejo y desordenado, Estados Unidos tuvo que despedir el siglo XX en el punto máximo de su poder, pero con grandes retos diferentes de los que había conocido y enfrentado hasta entonces, y sobre los que había triunfado.

Al igual que en los anteriores períodos, fueron muchos los enfoques y los intereses que tuvo la política exterior de Estados Unidos. Para los años noventa y los comienzos del siglo XXI, una potencia de ese tamaño y ese poder estaba pendiente de absolutamente todos los escenarios, los actores y los fenómenos del sistema internacional

Cuando cayó la URSS, en 1991, Estados Unidos asumió haber ganado la Guerra Fría por razones de superioridad absoluta, en todos los ámbitos: económico, cultural, político, económico y militar. Y así podía demostrar que su experimento, de corte ontológico, antropológico y sociológico, era un experimento por completo exitoso y que debía ser seguido por el resto del sistema internacional. Así las cosas, para la última década del siglo XX se tenía, por un lado, la implosión de un régimen que había acompañado toda esa misma centuria, y cuyas zonas de influencia eran totalmente caóticas y estaban empobrecidas. Por otro lado, una potencia que se proclamó victoriosa e invitó al mundo a seguir su ejemplo. Arremetidas doctrinales y políticas como el Consenso de Washington y la presión a los regímenes no democráticos llevaron a Estados Unidos a suponer que era el garante de la vida y el desarrollo en el sistema internacional; sin embargo, para el siglo XXI las cosas cambiaron un poco.

El poder hegemónico que Estados Unidos pensaba tener para 1991 fue un poder que se tradujo, de manera doctrinaria, en presión internacional sobre sus enemigos no liberales. La disolución de la URSS había dejado nuevos escenarios

geoestratégicos para ser copados: Asia Central, el Cáucaso, el Báltico y, en general, zonas de Europa Oriental. Apelando a un principio de multilateralidad dentro del sistema internacional, dichas zonas —sobre todo, las europeas— serían acaparadas por la naciente Unión Europea (UE)¹, experimento que Estados Unidos ha acompañado, y que algunas veces ha alentado para lograr poder hegemónico en todo Europa. Sin embargo, el nuevo escenario de poder devino en guerras civiles en Asia Central, conflictos en África e inestabilidad política en América y permitió el surgimiento de nuevas potencias, tales como China e India.

Las brechas que se habían abierto desde las crisis del petróleo 20 años atrás, la pérdida de credibilidad por el caso Irangate, en 1985, el apoyo a la resistencia afgana y el posicionamiento de un nuevo neoconservatismo del gobierno de George W. Bush crearon un escenario en el que Estados Unidos iba perdiendo su hegemonía y su pretendido poder global quedaba reducido a una simple estrategia militar. A lo largo de los años del liberalismo demócrata del gobierno de Bill Clinton, se acompañó a la crisis de Yugoslavia y se siguieron de cerca los sucesos de la naciente Federación Rusa y los movimientos de Medio Oriente; estos últimos marcaron ciertos escenarios de Guerra Fría, pero, debido a su posición geográfica y a sus recursos, se convirtieron en un escenario central de conflicto en el naciente siglo. Los ataques del 11-S hicieron parte de una política peligrosa de apoyo a unas guerrillas para tratar de detener la invasión soviética de suelo afgano, de 1979. Política que nutrió algunos grupos extremistas, y grupos que siempre vieron a Estados Unidos como el gran enemigo que ayudó al Estado de Israel y sometía bajo su poder al pueblo musulmán.

El neoconservatismo de Bush, sumado al crecimiento económico de China, India y Europa, y recrudecido por las acciones belicosas en Medio Oriente, generó un frente demasiado amplio para que Estados Unidos respondiera de la misma forma como lo hizo en la Guerra Fría. Cuando el enemigo estaba concentrado en un solo escenario de acción era sencillo determinar la amenaza y actuar frente a ella, pero cuando la pérdida de poder viene sobre tres ejes —la pérdida de poder económico, la pérdida de poder político en escenarios bilaterales y la ridiculización de sus últimas guerras—, Estados Unidos quedó fuera de foco y cayó en los mismos errores que anteriores imperios: la expansión desmedida, acompañada de un imaginario de gran poder mundial, abre tantas grietas por las cuales se introducen nuevos pequeños poderes, que al principio pasan inadvertidos, pero con el tiempo

¹ Con el Acuerdo de Maastricht, de 1992, la UE ganó un vigor político y económico que la posicionó como una potencia global.

se vuelven determinantes para la subsistencia del imperio. El abandono de la UE en las guerras de Irak y Afganistán, el crecimiento de China y los rechazos generalizados a las acciones estadounidenses en el mundo hicieron que el gran poder mundial buscara recuperar terrenos perdidos; esta vez, como un gran poder regional en el continente americano; continente del que se alejó como aliado y del que siempre se ha visto como castigador; continente en el cual tampoco es fácilmente bien recibido.

Estados Unidos, en el terreno práctico, nunca abandonó una política multilateral, en la cual sostenía sus intereses estratégicos a partir de la proyección de sus valores políticos y económicos sobre sus principales aliados; especialmente, Europa y el marco de la OTAN. Los desafíos han venido desde otras esferas y otros países, los cuales han organizado bloques de intereses antagónicos, en cabeza de la alianza Beijing-Moscú. De tal manera, el fortalecimiento de la OTAN ha sido clave para Bush, Obama y Biden, quienes han continuado con la lógica posterior a la Segunda Guerra Mundial, marcada desde Truman, a partir de la contención y la ubicación de puntos clave para el país allende sus fronteras. Así lo entiende Estados Unidos y así lo necesita la organización de 1949. El mundo ha cambiado, pero las bases y las perspectivas desde las que Estados Unidos se sostiene siguen manteniendo la misma perspectiva.

NATO is as important as ever because we face a more competitive world," "We see Russia responsible for aggressive actions. We see more recently China is using its economic and military might, and we also face cyber threats, persistent terrorist threats, and also the security impact of climate change. (NATO, 4 de octubre de 2021)

Conclusiones

En el manejo del poder estadounidense de los últimos 60 años se puede ver una fórmula 3-1/1. Tres elementos de éxito: una economía bastante desarrollada, el uso estratégico de su gran poder internacional y la caída de su mayor enemigo. También, la sustracción de un elemento importante: la influencia sobre ciertas zonas geográficas (Asia, esencialmente). Todo esto, sobre la idea de ser un gran superpoder mundial, de tipo hegemónico y global. Lo segundo, sí, pero lo primero ha sido horadado por las brechas de poder que el enfrentamiento bipolar ha dejado.

De tal manera, Estados Unidos ha llegado a su situación actual. Grandes logros, como la crisis de los misiles de Cuba, fueron opacados por el caso Irán-Contras, además de la manera oculta y disimulada como intervino en los asuntos internos de muchos países. Su descenso internacional no ha estado marcado por la situación política interna ni por una reforma económica, como en la URSS, pero la desmedida imagen de su poder internacional y la excesiva confianza en sí mismo lo han llevado a la pérdida de credibilidad y a la oposición de potencias que regresan por el poder mundial, como Rusia y China.

Sin embargo, sigue apostándole a una agenda multilateral, y aunque las relaciones dentro de la OTAN pueden verse afectadas dependiendo del contexto histórico o del presidente de turno, sigue manejando el mismo esquema desde Truman, con acentos como el de la crisis de los misiles, desafiando la estabilidad mundial, para posicionarse estratégicamente, como lo hizo Kennedy, o redefiniendo la agenda a partir del ataque más grande que ha sufrido, pero entendiendo los desafíos que siempre ha tenido: viejos rivales, la misma agenda, nuevas capacidades y renovadas alianzas.

Referencias

- Acheson, D. (1949). *United States position on China, august 1949*, *Modern History*. Fordham University. <http://www.fordham.edu/halsall/mod/1949-acheson-china.html>
- ACNUR. (2016, mayo). *Guerra de Vietnam: resumen y principales consecuencias*. <https://tinyurl.com/4h4nd4df>
- Benítez, R. (2007). Migración y Seguridad. Nueva clave en las relaciones Estados Unidos, México, Centroamérica. En I. Sepúlveda (Ed.), *Seguridad humana y nuevas políticas de defensa en Iberoamérica* (pp. 269-290). Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado.
- Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión (2009). *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos*. <https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/CPEUM.pdf>
- Churchill, W. (1946). *The iron curtain speech*. *Modern History Source Book*. Fordham University. <http://www.fordham.edu/halsall/mod/churchill-iron.html>
- Director of National Intelligence. (s.f.) *1947 National Security Act*. <https://bit.ly/3FjI4JG>
- Hobsbawm, E. (1999). *Historia del Siglo XX*. Editorial Crítica. <https://journals.sagepub.com/doi/pdf/10.1177/0967010620921006>
- Jiménez, E. (1982). Negociación y conflicto la política de Estados Unidos en América Central. En E. Jiménez, *Negociación y conflicto, la política de Estados Unidos en América central* (p. 88). G. Irvin.
- Kennedy, P. (1992). *Auge y caída de las grandes potencias*. Plaza y Janés.
- Levin, N. (1989). *Prisms and Policy: U.S. security strategy after the Cold War*. Rand Corporation.
- Loaeza, S. (2013). Estados Unidos y la contención del comunismo en América Latina y en México. *Foro Internacional*, *LIII*(1),5-56.
- Mackinder, H. (2010). El pivote geográfico de la historia. *Geopolítica(s)*, *1*(2), 301-319.
- NATO. (2021, 4 de octubre). *NATO's Stoltenberg Visits Pentagon, meets with Austin to discuss alliance future*. <https://bit.ly/3D3C1Hc>
- OEA. (2000, 29 de febrero). *La Organización de los Estados Americanos y la Junta Interamericana de Defensa*. Departamento de Derecho Internacional de la Subsecretaría de Asuntos Jurídicos. <https://www.oas.org/csh/spanish/ncsdoc%20oea%20y%20jid.asp>
- Parnell, J. A. (2011). Strategic capabilities, competitive strategy, and performance among retailers in Argentina, Peru and the United States. *Management Decision*, *49*(1), 139-155. <https://doi.org/10.1108/00251741111094482>.
- The White House. (1998). *A National Security Strategy for a New Century*.
- US Department of State. (s.f.) *Reagan Doctrine*. <https://bit.ly/3I7NGhU>
- US Library of Congress, (s.f.) *Carta de Nikita Khrushchev a John F. Kennedy, 24 de octubre de 1962*. <https://bit.ly/3D3tUue>